

Cuentos & Cuentistas

El Tríptico de Puccini

Bartolomé Leal desde Santiago

Recuerdo que durante un encuentro internacional de escritores en Cochabamba el 2004, Cachín Antezana fue preguntado por una joven entusiasta acerca de qué se podía hacer para que la gente leyera más. La respuesta de mi querido amigo fue inesperada y divertida. Afirmó que no había que leer tanto, que tal vez había que ser selectivo, que no había que dejar de hacer otras cosas; y trajo a colación la triste experiencia de un tal Don Quijote, natural de La Mancha, que se volvió loco de tanto leer novelas de caballería y de querer vivir la literatura y no la vida. Se puede interpretar como un elogio de la lectura, a la manera de Cachín, por cierto.

Guardando las distancias, a mí me está pasando lo del personaje de Cervantes, aunque mi locura proviene más bien de tanto leer cuentos y estudiar cuentistas. Me gustan demasiado y no logro frenar. De modo que en esta ocasión, en aras de mi vacilante salud mental, decidí abocarme a la música. Pero claro, sin salir demasiado de la literatura. Ahora, cuando se habla de simbiosis entre literatura y música, sin duda se llega a la ópera. Y preferí, pues, escuchar ópera por un par de semanas. ¿Por dónde empezar?

A mí siempre me ha intrigado una ópera en particular, de quien es uno de mis autores preferidos: el italiano Giacomo Puccini (1858-1924), nacido en Lucca, un pueblo de la Toscana, una de las regiones más bellas y culturales del planeta. Un “verista”, en la jerga operática (la escuela realista), aunque lo fue sólo ocasionalmente. Se le caracteriza de muchas maneras: compositor ante todo melódico, romántico y misterioso; efectista en su instrumentación, melodramático en exceso, exótico por sus temas, levemente anticuado; amén de colorido, apasionado y sentimental. Apreciaciones todas lanzadas por lo general en clave negativa. Pero eso es Puccini. Hay muchos melómanos que lo aborrecen. Los compositores para el cine al parecer lo adoran, como lo que lo han plagiado impunemente (de Jerry Goldsmith a John Williams).

Me atrevo a afirmar que una ópera es algo semejante a una novela o una pieza teatral convencional. Una obra de gran envergadura, con muchos personajes, un número limitado de escenarios y sucesos que se entrelazan para conducir a un final brillante, que

une los hilos y resuelve la trama. El conjunto debe sostenerse como una obra de arquitectura, compuesta de diálogos, canto, acompañamiento orquestal, a menudo bailes, desfiles o combates. Una ópera dura por ello no menos de tres horas, con intermedios que permiten descansar y prepararse para una velada intensa. En las representaciones operáticas, la parte de convivencia social no es menos substancioso, como que es el espectáculo más representativo de las élites cultas y ricas.

En el contexto de la gran ópera en el cambio de siglo (del XIX al XX), llegó Puccini y se atrevió a hacer algo imprevisto. En lugar de una ópera larga, como mandaba la tradición, hizo tres breves, destinadas a una sola representación. En lugar de una especie de novela, tres especies de cuentos. Diferentes en todo sentido, aunque unidos por un concepto común. A este conjunto de tres cuentos musicales (y veo que no puedo salir de mi obsesión por la narrativa breve) le llamó simplemente *Tríptico*, y a sus partes, “El Tabardo”, “Sor Angélica” y “Gianni Schicchi”. Se estrenó en Nueva York en 1918. Para facilitar lo que sigue, recomiendo leer los resúmenes en recuadro.



Hay unidad en el *Tríptico*: toda la obra se halla inspirada en el Dante. Cada uno de sus episodios pretende reflejar uno de los tres estadios de la “Divina Comedia”: el infierno, el purgatorio y el paraíso. El primero es por ello un drama pasional centrado en los celos, el segundo una tragedia materno-religiosa, y el tercero una comedia de enredos. Puccini recibió la influencia de Wagner y Bizet, por cierto; pero también las de Fauré y Debussy. Y nadie puede negar su capacidad narrativa...

La partitura de “El Tabardo” se apoya en los recursos más dramáticos y oscuros de la orquesta, con uso de las cuerdas bajas, los bronce y los timbales, con profusión de disonancias y trémolos. Puccini es un orquestador imaginativo y audaz. El relato musical se halla enriquecido con expresivos interludios sinfónicos, que buscan expresar lo tenebroso. Es imposible no pensar en Bernard Hermann, por ejemplo, el compositor de películas de Welles, Hitchcock, De Palma, Scorsese... En lo propiamente teatral, “El Tabardo” está preñado de simbologías (la impotencia del marido señalada por su pipa); la tensión social entre el patrón y sus marineros (bailes y canciones populares agresivas); la infelicidad de la pareja subrayada por un clima de amenazante tormenta. Esto último da lugar a algunos de los más bellos dúos de toda la ópera italiana.

Si en “El Tabarro” hay un crimen en escena, en “Sor Angélica” se asiste a un milagro. Desde el inicio el relato musical llama al oído atento. Unas campanas tañen y un coro angelical canta el Ave Maria en latín, pero la melodía es una trasposición del Dies Irae, el himno del juicio final en la liturgia católica romana: un tema medieval que representa la muerte. Cantos de pájaros, zumbidos de insectos, todo parece pura paz, pero un drama terrible subyace en esta historia de intolerancia, crueldad familiar, hipocresía. A pesar de su anacronismo, el tema es tan intenso que inspiró a Puccini uno de sus más bellas arias, “Senza mamma”, que la destruida sor Angélica canta para mostrar su impotencia ante la desgracia de haber perdido a su hijo, un hijo del pecado para la sociedad que la rodea. El milagro es una ironía, es el consuelo de una monja suicida, que en su agonía ve visiones celestiales, pero se va a la tumba con su pena íntegra. Una fuerte crítica a la iglesia católica, en la línea de “La religiosa” de Diderot y “Madre Juana de los Ángeles”, la película de Jerzy Kawalerowicz.

“Gianni Schicchi” por su parte es una comedia asombrosa. Empieza con una fanfarria de risas que se transforman en falsos lloriqueos, un leitmotiv de toda la ópera,

servida por un personaje colectivo de dolientes hipócritas, ávidos tras una herencia. Otra fanfarria, levemente mozartiana, anuncia al personaje principal, como parte de una amplia variedad de registros expresivos, cambios rítmicos, orquestaciones insólitas, bromas sonoras y onomatopeyas, instrumentos que parodian con burla a los cantantes. De pronto, suena la más bella aria escrita jamás por Puccini: “O mio bambino caro”... y compuso tantas magníficas. Giannin Schicchi, personaje de la picaresca, imita a su vez a uno de esos bajos rusos cavernosos. Todo es divertidísimo. Encontramos ecos de esta obra desde Kurt Weil (el compositor de la óperas de Brecht), a Frank Zappa (Joe’s Garage).

Tal como suele ocurrir también entre escritores en los cuales se considera a los cuentos una parte marginal de su producción, aún cuando muchas de sus narraciones breves se hallan tal vez entre sus obras mayores, el *Tríptico* de Puccini, con estas tres joyas de brevedad, merece el juicio de tantos especialistas que consideran a esta obra única, si no extravagante, la obra maestra de Puccini.

Y pido perdón a los lectores de Ramona por este artículo inusual, pero a veces hay que hacer otras cosas aparte de leer, ¿no?

EL TRÍPTICO de Giacomo Puccini

El tabardo

La acción se desarrolla en París, en la orilla del Sena, a comienzos del siglo XX.

Michele, propietario de una barcaza y su esposa Giorgetta llevan una vida monótona a bordo de la embarcación que es a la vez su hogar. A escondidas del marido, la mujer tiene un amante, el estibador Luigi. Debido a un viaje de negocios fuera de la ciudad, los amantes planean un último encuentro, utilizando la señal habitual: el encendido de un fósforo por parte de Giorgetta. Michele se lamenta de que su esposa ya no lo ama, y enciende su pipa en cubierta, lo que Luigi confunde con la señal de Giorgetta. Michele, adivinando lo que acontece, obliga a Luigi a confesar el adulterio y lo estrangula, escondiendo su cuerpo bajo la amplia capa (el “tabardo”), con que se protege del frío y suele cubrir amorosamente a su esposa. Cuando ella aparece en cubierta, ve surgir el cuerpo de su amante muerto bajo la capa de su marido.

Sor Angélica

La acción se desarrolla en un monasterio a fines del año 1600.

Sor Angélica es una monja de noble origen que se refugia en un convento debido a un pecado de juventud que le ha dado un hijo, del cual es obligada a separarse. Cuando un gran carruaje llega al convento, sor Angélica se alegra porque la visita puede traerle nuevas de su familia. Se trata de su tía, la Princesa, quien llega con la misión de pedirle que renuncie a su herencia, para luego anunciarle que su hijo ilegítimo ha muerto. Sor Angélica colapsa de dolor. Ingiere un veneno y pide perdón a la Virgen María, la cual se le aparece durante su agonía, acompañada de su hijo, quien se lanza a los brazos de la monja moribunda.

Gianni Schicchi

La acción se desarrolla en Florencia, el día 1 de septiembre del año 1299.

Buoso Donati acaba de morir y es rodeado de sus ambiciosos parientes, quienes fingen dolor aunque se afán es apoderarse de la herencia. Descubren que Buoso ha dejado su riqueza a un monasterio. Gianni Schicchi, un pariente de bajo origen, es llamado para ayudar a resolver el problema. Lo apoya el joven Rinuccio, quien desea casarse con Lauretta, la bella hija de Schicchi, pero necesita el dinero para lograrlo. Lauretta amenaza con suicidarse. El asustado aunque astuto Schicchi desarrolla un plan. Se disfraza del muerto y dicta al notario un nuevo testamento, con el apoyo de los parientes. Pero finalmente lo que hace es dejar todos los bienes para sí mismo, decepcionando a los parientes, quienes no se atreven a confesar la superchería.